ADMINISTRACIÓN LÌRICO-DRAMÁTICA
Y
EL TEATRO, COLECCIÓN DE OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS

EL PAN NUESTRO...

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

DON REGINO CHAVES



MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, segundo

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, segundo

1892

EL PAN NUESTRO...

EL PAN NUESTRO...

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

DON REGINO CHAVES

Estrenado con gran aplauso en el Teatro de la Comedia
la noche del 5 de Febrero de 1892



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PILAR	Srta. Martínez.
RAMONA (criada)	Molina.
JUAN	Sr. Balaguer.
DON ANTONIO	Montenegro.

La acción en Madrid

ACTO ÚNICO

Sala elegante; puerta al foro; primer término derecha, puerta también; segundo término, balcón; primer término izquierda, chimenea con espejo, segundo término, puerta. Sofá, butacas, sillas, mesa en el centro con periódicos y bastidor de bordar; sobre la chimenea reloj y candelabros.

ESCENA PRIMERA

RAMONA, luego JUAN

RAM. (Subida en una silla limpiando el espejo de encima de la chimenea y cantando.) Vamos, que la señorita no dirá hoy que está sucio el espejo. (Suena la campanilla.) ¡Allá vá! (Segundo campanillazo.) ¡Con la cabeza!.. Pues no trae poca prisa. (Sale foro y momentos después vuelve á entrar con Juan, que trae aspecto bastante tronado.)

JUAN Don Antonio Chaves, arquitecto, ¿es aquí?

RAM. Sí, señor.

JUAN ¿Se le puede ver?

RAM. Como poder, sí que se puede, pero ha salido.

JUAN (¡Para bromitas estoy yo!) ¿Y volverá pronto?

RAM. No lo sé mayormente. Ha ido á la obra.

JUAN ¿A la obra? ¿Pía quizás?

RAM. No, señor; á las casas que está haciendo. Pero si quiere usted ver á la señora...

JUAN Es inútil; yo venía á hablarle de negocios.

RAM. No le hace. La señorita entiende de too.

JUAN Bueno, pues pásale recado.

RAM. ¿Y quién le digo?..

JUAN (Después de vacilar.) Cualquiera... No me conoce...

RAM. Entonces le diré que está aquí un cualquiera. (Vase segundo término izquierda.)

JUAN ¡Qué bestia! ¡No!.. ¡Oiga usted!.. ¡Bah! Lo mismo da.

ESCENA II

JUAN, solo

JUAN Bien mirado, prefiero habérmelas con una mujer. Son más compasivas que los hombres, y ya voy necesitando que alguien se compadezca de mí... Vaya un recibimiento que me han hecho los dos apreciables comerciantes á quienes me he dirigido desde esta mañana. El primero, un gran negociante en pieles, con unas barbas y unas cejas, que tenía la cara como una zalea.—¿Qué se le ofrece á usted?, me preguntó.—Soy yo quien vengo á ofrecer á usted mis servicios, contesté humildemente; soy joven, activo, inteligente, aunque me esté mal el decirlo, y deseo dar aplicación á todas estas excelentes cualidades. ¿Tiene usted algún empleo para mí?—Hombre, quizás, me respondió. ¿Ha trabajado usted en cueros alguna vez? —Caballero, ¿por quién me toma usted? exclamé escandalizado.--Por lo visto no conoce usted el artículo, replicó gruñendo, y el que trabaje en mi casa tiene que estar curtido. Como yo no lo estoy, á Dios gracias, le lancé un beso á usted la mano, ¡aquellas manos, que parecían de becerro mate! y salí en busca de otra casa más hospitalaria. Me presenté en el despacho de un banquero, cuyos buenos sentimientos son proverbiales.—Señor, le dije, soy joven, activo, etc., etc.; mis aspiraciones son bien modestas; con un pedazo de techumbre para albergarme y otro

pedazo de pan, por duro que sea, para el alimento cotidiano, me doy por satisfecho. —¿Y á mí qué me cuenta usted? respondió, arrellanándose en su butaca. Si es una limosna lo que usted desea...—¡Caballero! exclamé, envolviéndome en mi dignidad; lo que deseo es trabajar. — Deseo muy laudable. ¿Qué sabe usted hacer? Escribir, dibujar, soy abogado...—Como todos los españoles, replicó; nada de eso me sirve. ¿Sabe usted algo de Bolsa? ¿Sabe usted lo que es una prima?—Ya lo creo; las hay carnales y simples.—No sabe usted una palabra; cuando aprenda usted siquiera eso, vuelva y hablaremos.—Y después de no besarle ni la mano, ni nada, salí de aquella casa, donde se desconocen hasta los lazos de la familia. Y á todo esto no me he desayunado todavía, y lo peor es que no tengo ni un miserable perro. (Bosteza.) Deben ser ya lo menos... (Va á sacar el reloj.) ¡Malas costumbres! ¡Ni reloj me han dejado! Deben ser cerca de las tres. Felizmente tengo casi toda la tarde por delante. Veremos si aquí soy más afortunado. Dicen que á la tercera va la vencida. (Bosteza).

RAM. La señora dice que espere usted un instante. Puede usted tomar asiento. (Vase foro).

JUAN Mejor tomaría algo caliente. (Sentándose.) La verdad es que yo me tengo la culpa. ¡Apuesta más estrafalaria! Acabábamos de cenar alegremente en Fornos siete buenos amigos, que bien pudiéramos haber simbolizado los siete pecados capitales. Pepe Solano, que tiene el vino triste, terminó así el relato de un reciente suceso melodramático: «Y ahí tenéis cómo en pleno Madrid un hombre, en la fuerza de la vida, puede morirse de hambre.» El *champagne* había despertado en mí el espíritu de contradicción.—Imposible, le dije; si ese desdichado ha muerto de inanición, es porque sería un vago ó un inútil, ó quizás ambas cosas á la vez. El que sabe, y sobre todo, quiere trabajar, no se muere

de hambre en una ciudad tan grande como Madrid.—¿Tú crees? me replicó el tal Pepito. Pues yo te aseguro, querido vizconde, que si una mañana te encontrases en medio de la Puerta del Sol, con las manos en los bolsillos vacíos, sin parientes que te ayudasen, sin amigos qne te protegiesen, sin conocidos á quien volver los ojos y mal vestido, á pesar de tu carrera, de tu esmerada educación y de tu clara inteligencia, teniendo que ganarte el pan nuestro ó el pan tuyo de cada día, llegarías á las ocho de la noche sin haberte desayunado, dormirías al raso, y verías lucir el alba en la misma situación para sufrir las mismas desilusiones y acabar por que recogieran en un rincón tu cadaver, como el héroe de mi cuento.—Te repito que eso son historias, y apostaría ciento contra uno á que puesto en ese caso saldría vencedor, insistí.—Te cojo la palabra, exclamó Pepe; no ciento contra uno, una comida en Lhardy para todos los presentes, ¿vá apostada?—Apostada.—Y sin aguardar á más, me acompañaron á mi casa, hiciéronme trocar el frac y la corbata blanca por este traje viejo y pasadísimo de moda, me quitaron dinero, alhajas, cuanto pudiera valer algo, y si les dejo, hasta la camisa me hubiesen quitado. Hiciéronme jurar que no me dirigiría á ningún amigo ni pariente, que no me daría á conocer de nadie, y me plantaron bonitamente en mitad del arroyo ayer á las siete de la mañana, diciéndome: «Anda, busca, busca.» (Yendo á mirar por el balcón.) Allí están mis verdugos. Me siguen y espían para gozarse en su triunfo y comer á mi costa. (Gran bostezo.) ¡Pues no será! Cuando empezaba á perder toda esperanza, (Metiendo la mano en el bolsillo.) me encontré esta tarjeta: «Antonio Chaves, arquitecto, Preciados, 96, segundo.» Este señor debe ser el que me recomendaron hace seis años para la obra de mi hotel. De seguro no se acuerda de mí como yo no me acuerdo de él. Me ofreceré como

delineante, ó como escribiente, ó como peón de albañil. Me da el corazón que aquí encontraré de comer. Al subir la escalera me ha dado en la naríz un olor á cocina que me parece de buen agüero. (Pausa.) Cómo tarda esta señora. ¿Tendrá buen corazón? ¿Tendrá buena cocinera? Debe ser alguna vieja marisabidilla; la criada me ha dicho que entiende de todos los negocios de su marido. (Mirando alrededor.) Y está bien puesto este salón, revela buen gusto. (Parándose frente al espejo.) ¡Qué facha tengo! Parezco un desenterrado con este chaqué. Poquito que se reirían en el casino si me viesen así.

ESCENA III

JUAN, PILAR

JUAN ¡Ah! Aquí viene.

PIL. (De espaldas, en la puerta del segundo témeno izquierda hablando al paño.) En cuanto venga el señorito avíseme usted. (Vuélvese á Juan.)

JUAN (¡Joven y bonita!) (El encaje del vestino de Pilar se engancha en la puerta. Abalanzándose á desengancharlo.) Permítame usted, señora. ¡Lástima de encaje! ¡Vaya un siete! (¡Y vaya unos ojos!)

PIL. Gracias. No sé qué tiene este vestido que me engancho en todas las puertas.

JUAN Manera delicada que las puertas tienen de mostrar lo innecesario de ricos adornos que realcen los naturales.

PIL. Gracias por el cumplido... en nombre de los encajes solamente.

JUAN (¡Discreta á más de linda! ¿Cómo le digo yo á esta mujer que no me he desayunado?) Sentiría molestar á usted con mi visita, mucho más cuando es ella la causa involuntaria de este accidente.) (Señalando al girón que Pilar trata de arreglar con alfileres que ha tomado del cesto de costura.)

PIL. De ningun modo. Pero tome usted asiento

y explíqueme lo que desea. ¿Quería usted hablar de negocios con mi esposo?

JUAN Justamente; con su esposo; porque á usted no sé si debo molestarla hablándola de... de... (¡Deliciosa!) (Buscándose en los bolsillos.) (Ni un guante siquiera me han dejado.)

PIL. ¿Se trata de alguna obra?

JUAN Sí, señora; una obra... (¡De misericordia!) Y como sería preciso entrar en detalles técnicos... los ladrillos, los sillares, las cocinas. (Un suspiro.) los comedores, (Suspiro.) las despensas... (¡No se me ocurren más que cosas relacionadas con la alimentación!) Temería con todo esto fatigar la natural delicadeza de una señora tan distinguida y tan... tan.. tan... (Dá el reloj tres campanadas.) (¡Las tres! (Echándose mano al estómago disimuladamente)

PIL. Agradezco en lo que vale la galantería; pero es inútil. Mi padre era arquitecto, mi marido lo es también, así es que cuanto se relaciona con el arte de construír es mi elemento. Por lo demás, si, como es natural, usted desea entenderse con mi esposo...

JUAN (¡Con ella sí que me entendería!)

PIL. No puede tardar. Me choca que ya no esté aquí. (Mirando al reloj de encima de la chimenea.) Ese reloj debe atrasar. ¿Tiene usted hora fija?

JUAN Sí. (Yendo instintivamente á sacar el reloj y rectificando al encontrarse sin él.) ¡Digo, no!... Pero le he tenido. ¡Mi reloj empeñado!...

PIL. ¡Empeñado!

JUAN Empeñado en andar mal; está en casa del relojero.

PIL. ¡Ah! (Juan reprime un bostezo.) ¿Se aburre usted de esperar?

JUAN ¡Señora, por Dios! No es aburrimiento, es... (Dándose á hurtadillas un golpe en el estómago.) (¡Cállate!) Al contrario. En tan agradable compañía las horas parecen minutos y los minutos (siglos.) (Mano al estómago. vuelve á bostezar.)

PIL. Es usted muy galante. (Tomando del cestillo una labor y poniéndose á bordar.) Con permiso

de usted; no puedo estar sin ocupación. Ahí tiene usted periódicos, si quiere. (Indicándole los que habrá sobre la mesa.)

JUAN ¿Cree usted que mis ojos podrían fijarse en la lectura estando usted presente? (¡Qué guapa es! ¡Me la comería!)

PIL. Decididamente se cree usted obligado á ser galante; y siento que mi marido tarde en relevarle de ese penoso trabajo.

JUAN ¿Penoso? ¡Agradabilísimo! (¿Se me conocerá en la cara lo que sufro? No estoy acostumbrado á echar piropos en ayunas. Se me vá un poco la vista. ¡Valor! ¡Juanito! ¡Desfallecer delante de una mujer hermosa, es una cobardía!)

PIL. Es usted incorregible. Apostaría que es usted andaluz.

JUAN Sevillano, de nacimiento, pero madrileño de corazón, por varias razones.

PIL. ¡Ah!...

JUAN Por vivir aquí hace muchos años y porque adoro á las madrileñas.

PIL. ¡Hola!

JUAN La madrileña, chiquita y elegante, con sus piés menudos, sus ojos grandes y preguntones, frívola, golosa, descarada, charlatana, pero amante, con un corazón de oro y una gracia y un ingenio que no le caben en la cabeza, condensa y resume el tipo acabado de la mujer española. La mejor mujer del mundo.

PIL. ¡Jesús, qué rosario de adjetivos! Frívola, descarada, habladora, golosa. Gracias, en nombre de mis paisanas. Soy madrileña.

JUAN No hubiera cometido la indiscreción de preguntárselo. Pero, ya que únicamente los defectos ha recogido usted del retrato, sirva de excusa al pintor que no los omitió por no quitarle parecido, el que esos mismos defectos hacen más adorable á sus ojos el original. (¡Qué hambre tengo!)

PIL. Juraría que esta bombonera (Mostrando una que tiene en la mano.) tiene la culpa del calificativo de golosas con que nos ha adornado

usted. Como si ustedes los andaluces no tuvieran justificada fama de ello... y los hombres en general no merecieran además la de comilones.

JUAN (¡Comilones! ¡Si esta mujer me viese por dentro!)

PIL. Pues ahí verá usted, no son golosinas, son pastillas de Vichy, ¿quiere usted una? (Ofreciéndole.) Son muy buenas para la digestión.

JUAN ¡Gracias! (¡Qué sarcasmo! Cuando se ha comido, puede ser. ¡Pero en ayunas!...)

PIL. ¿Porque son medicinales? Como hubiera sido un pastelillo del Suizo...

JUAN (Un movimiento instintivo como para asegurar con avidez que lo hubiese tomado, pero que reprime vivamente, diciendo aparte: ¡Verdugo!)

PIL. ¿Lo ve usted? (Interpretando equivocadamente el movimiento.) No ha podido usted disimularlo. Son ustedes más golosos que nosotras: prueba de ello, que las cuestiones políticas, los duelos, en fin, toda clase de acontecimientos, los arreglan ustedes comiendo. De seguro no pasará usted nunca por delante de los escaparates de Lhardy, de Prats, ó de la Mahonesa, sin echar una mirada cariñosa á los jamones en dulce, tan doraditos (Movimientos que en Juan expresen lo que aviva su hambre cada cosa que Pilar va nombrando.) los pavos trufados, las frutas exquisitas ó los dulces que están diciendo comedme.

JUAN (¡Tigre! ¡Se complace en mis dolores!) Lo confieso... para vergüenza de mi sexo. (Pausa.)

PIL. Y de seguro que no contentándose con lo que todo el mundo conoce, sabe usted, por ejemplo, dónde se comen las mejores pastas.

JUAN En una confitería chiquita de la calle de Relatores. (Al estómago.) (¿Callarás?)

PIL. ¿Y las llemas de coco?

JUAN En casa de Roldán.

PIL. ¿Y los pastelillos de hojaldre?...

JUAN De la calle del Pez. (Quien los pillara.)

PIL. ¿Y las ensaimadas?

JUAN ¡En la Mallorquina! Ay, señora, hay allí unas butifarras...

PIL. ¡Bravo! Conoce usted todos los rinconcitos.

JUAN (¡Qué martirio!) (Levantándose.) Declaro que es usted en excelente juez de instrucción, señora. (¡Y aún hay quien diga que se han suprimido las torturas de la Inquisición! ¡Se me doblan las piernas! Huir sería lo mejor. ¡Pero no aprovechar una ocasión como esta, una mujer tan bonita! ¡Sería una vergüenza!... Y los otros que me esperan abajo... ¡Si el hambre no me trabase la lengua, qué bonito desenlace!)

PIL. ¿Se cansa usted de esperar? Mi marido tarda.

JUAN No, señora; hacía reflexiones sobre los contrastes de que está lleno este Madrid. No sé por qué, en medio de nuestra conversación sobre los goces materiales de la vida, el espectro de la miseria... y del hambre (Con ademán tragi-cómico.) ha pasado ante mi vista. Mientras nosotros hablábamos de tantas cosas suculentas y exquisitas, cuántos infelices soñarán con una triste rosca. (Creo que he buscado un camino honroso para entrar en materia.)

PIL. Tiene usted razón. Yo voy algunas veces á visitar los pobres de este distrito...

JUAN Eso está muy bien hecho. (¡Es caritativa!)

PIL. Y he visto cuadros...

JUAN ¿Bodegones tal vez?

PIL. No, cuadros que me han desgarrado el corazón. La otra mañana, en una miserable guardilla, encontré toda una familia que no había comido desde el día anterior. Usted creerá que exagero...

JUAN No, señora, no; estoy convencido... me consta que hay quien no come...

PIL. Celebro que opinemos del mismo modo. ¿Pues querrá usted creer que ha habido quien dudase de mi relato y hasta mi marido se resistía á creer?...

JUAN ¿Que se puede morir de hambre?... ¡Lamentable error! Vea usted, yo mismo... (¡Se lo digo!)

PIL. (Asombrada) ¿Usted, caballero?

JUAN (¡No se lo digo!) Yo mismo conozco casos terribles, personas que desde la víspera habían buscado en vano una mano protectora, un medio cualquiera de ganar el sustento y se encontraban á punto de caer desfallecidas, ¡oh! es atroz, señora, créame usted, eso es horrible.

PIL. (¡Qué excelente corazón!) Admiro el calor con que pinta usted esas desdichas... hijas, la mayor parte de las veces, preciso es confesarlo, de un exceso de amor propio.

JUAN Cierto, (Vivamente.) porque si se atreviesen á confesar su situación, á darse á conocer, encontrarían quien los socorriese. ¿No es verdad, señora? (¿Me atrevo?)

PIL. (Rápido.) Y sin embargo, el amor propio, más que un defecto, es una gran cualidad; merced á ella, el hombre adquiere valor... y me explico perfectamente que haya quien prefiera sufrirlo todo, antes que confesarse vencido ó humillado.

JUAN (¡No me atrevo!) ¡Tiene usted razón, señora! Todos los sufrimientos son preferibles á... (Me dá vueltas la habitación.)

PIL. (¡Es muy simpático este hombre!) ¿Pero, qué tiene usted? ¡Se ha puesto pálido!

JUAN (Apoyándose en una silla.) Nada... Oyéndola á usted, escuchando sus nobles sentimientos, expresados con esa voz que encanta, con esa mirada que subyuga, la emoción se apoderó de mí y...

PIL. Usted está malo. Voy á llamar.

JUAN No, por favor escúcheme; déjeme, ya que no otra cosa, que alimente la esperanza.

PIL. Caballero, no puedo permitir... (¡Está realmente trastornado! ¡Tengo miedo!) (Yendo á marcharse.)

JUAN (Deteniéndola con el gesto.) No me abandone usted así, se lo suplico. ¿Será preciso que cáiga desfallecido á sus pies, para que se compadezca usted de mí? (Se me doblan las rodillas.)

PIL. (Un poco conmovida.) ¡Pero cálmese usted, por Dios! ¿Qué significa esto?

JUAN Pues, bien, sépalo usted; me estoy muriendo de... (Conteniéndose.) Su bondad me anima, me decido á romper toda falsa consideración social, mis torturas vencen mi timidez, ¿no adivina usted lo que pasa por mí? Me muero...

PIL. (Asustada y conmovida.) ¿Se muere?

JUAN (Cayendo de rodillas y aparte.) ¡No lo digo! (Alto.) ¡Me muero de amor por usted!

ESCENA IV

DICHOS, DON ANTONIO.

ANT. (Dentro.) ¿En la sala? Bueno, bueno.

PIL. ¡Mi marido!

JUAN ¡Caracoles! (Levantándose precipitadamente.)

PIL. (Saliendo al encuentro de Antonio, que entra por el foro.) Hace una hora que te está esperando el señor.

ANT. ¿El Sr. Vizconde de Villalba?

PIL. (¿Vizconde?)

JUAN (Asombradísimo.) ¿Me conoce usted?

ANT. Entre los amigos que le esperan á usted abajo, había uno de mis clientes que acaba de contarme la original apuesta que ha venido usted á ganar á mi casa, mejor dicho, á perderla, puesto que ha desaparecido su incógnito. (A Pilar.) Haz el favor de darle un caldo al señor vizconde. (Toca el timbre.)

PIL. ¡Un caldo!

ANT. Sí; y un poco de jamón, en fin algo sólido; van á dar las cinco y ya es hora de que se desayune. Debe usted tener un hambre...

JUAN ¡Canina! Lo confieso.

PIL. ¡Era hambre! (Con cierto despecho.)

ANT. Mientras usted repara sus fuerzas, contaré á mi mujer la causa de su presencia aquí, que pudiera inconscientemente haber quitado el pan de veras necesitado por un infeliz á quien hoy mismo voy á colocar. (Mientras Antonio ha dicho esto, Pilar ha dado sus órdenes á

la criada.) Porque se habrá usted convencido de que...

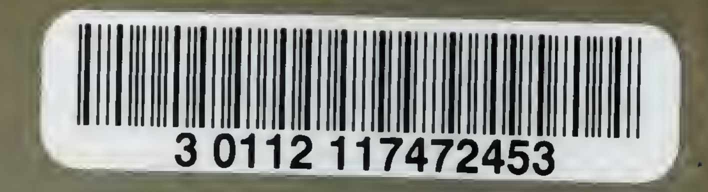
JUAN — Se puede uno morir de hambre, sí, señor, lo confieso.

ANT. — Pues á la mesa. (A Ramona que estará en el foro.) Y dí á unos señores que esperan en el portal que tengan la bondad de subir.

JUAN — (Pasando al lado de Pilar y aparte.) (Señora, crea usted...

PIL. — Lo que yo no creeré nunca es que nadie se puede morir de amor.

(Telón rápido.)



PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de ambas Administraciones.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.